

Panamá, 31 de Diciembre de 1917.

AÑO
II



PRELUDIOS

(REVISTA MENSUAL)

Organo de los años superiores del Instituto Nacional de Panamá

NUM.
8



FERNANDO ROBLES DIRECTORES: ANTENOR QUINZADA

Nota Editorial



NUESTRO más alto plantel de enseñanza, el Instituto Nacional, está a la altura de cualquiera otro establecimiento educativo del mismo género en la América Latina.

Su radio de acción se ensancha cada vez más e influye de una manera benéfica y altamente idealista en la sociedad panameña.

Regido en lo que atañe al punto intelectual por hábiles profesores, que son conocedores de las corrientes científicas modernas, no descuida, ni por un momento, el desarrollo físico de los educandos.

Las causas que nos han inducido para decir lo que antecede son muchas, pero queremos hacer especial mención a la fiesta última que ha dejado en nuestros corazones un grato recuerdo.

Como a las 2 de la tarde del 25 de los corrientes, abrió el Instituto sus puertas a un numeroso público que venía a presenciar la fiesta, ya tradicional, que tiene lugar en el Gimnasio, consistente en ejercicios y juegos.

El primer punto del programa estuvo a cargo del V año de Liceo bajo la dirección del Teniente Coronel Zurita, y consistió en un juego de esgrima que agradó mucho al público.

Después tocó su turno a los alumnos dirigidos por el competente Profesor Gabriel Barrios, quienes ejecutaron una serie de ejercicios en los cuales brillaron como notas características la disciplina, la corrección y la prontitud.

Luego tuvimos un interesante juego de *basket-ball* entre alumnos del III año Normal y del III año de Liceo en el cual salieron vencedores los primeros.

Por este triunfo se hicieron acreedores a la copa que fue entregada por don Cristóbal Rodríguez, Subsecretario de Instrucción Pública, después de una brillante improvisación.

Por la noche del mismo día ante numerosa y selecta concurrencia, se repartieron los premios a las personas agraciadas en el último concurso literario, científico y artístico del Instituto.

F. R.

UNA CARTA

Mi querido amigo:

Si no hubiese estado ocupadísimo habría contestado antes tu apreciable del mes pasado, de cuyo contenido he tomado atenta nota. Diversas fueron las impresiones que me suscitó. Las finas protestas de tu amistad me complacieron mucho y me movió al más vivo desdén la vil manera de obrar del que creías tu amigo y de quien tan bien me hablabas, tratando así de disipar mis temores acerca de su sinceridad amistosa.

He imaginado tu decepción y tus angustias, y he adivinado tu indignación y tu dolor. El golpe es duro. Has hecho una penosa experiencia. No importa. Es así como se aprende a apreciar a los hombres y las cosas. Eres muy joven y es en la juventud cuando vale más hacerse cargo de las sinuosidades del alma humana, aunque ello nos arranque alguna idealidad; mas, en cambio, nos hace más avisados y más cautos, confiados solamente en nosotros mismos y en aquellos amigos que nos han dado reales, oportunas y repetidas pruebas de consideración y de cariño.

Lo que acaba de ocurrirte me trae al recuerdo pensamiento profundo de un sutil poeta italiano:

«Abisso degli umani inesplorato
 È il cuore! E in esso del lion le febbri
 È la viltà dell'isna!.....»

Estudiemos este abismo, descendamos en él, penetrémoslo, exploremoslo; y allí donde encontremos sentimientos elevados, sinceridad, virtud, amistad desinteresada, hagamos las confidencias de

nuestro corazón y comuniquemos las exaltaciones de nuestro espíritu; pero allí donde la luz de la verdad no irradia, donde hay niebla y lobregueces, donde todo está regido por las conveniencias y el interés personales, allí no puede haber virtud ni sinceridad ni amistad. Nada de esto, presumía yo, había en el alma oscura de quien te ha burlado. De modo, pues, que si por una parte lamenta la enojosa ocurrencia, por la otra no maldigo el momento en que se presentó. Es que ese incidente te enseñará a ser más cauto en lo sucesivo.

En esta época de circulación en que vivimos, que despierta la codicia y engendra el sórdido materialismo, la nobleza y la lealtad no son cosas comunes, por desgracia. No hay que hacerse ilusiones: en nuestra sociedad y en toda sociedad, en general, no son muchas las personas que sienten delicada y exquisitamente ni tampoco que leal y noblemente proceden.

No vayas a pensar que pretendo hacerte un pesimista, porque tampoco lo soy yo. Descarta solamente que procedieses siempre con rectitud y que fueses siempre prudente. Convéncete de que las satisfacciones y alegrías no se originan de circunstancias externas; sus fuentes se hallan dentro de nosotros mismos, en la inteligencia

RODIN (I)



¡Ha muerto Rodin! El mundo está de duelo, el arte solloza. Allá en un cementerio entre los troncos viejos de blancura de esqueleto, entre los dioses del camposanto, árboles decrepitos que son los poetas de la belleza ignorada, de la belleza expectante representada magistralmente por Rodin, allí reposa él....! Ha muerto Rodin dicen susurrando sus hojas!

Mentira, no ha muerto, él vive en sus esculturas, su alma vaga, blanca como un rayo de luna; blanca y transparente como el velo de las huríes; blanca como el mármol de sus estatuas al redor de esa orgía de sangre en que se desgarró su noble patria: Francia.

¡Mentira! él vive, no ha muerto, la vieja Parca no se atreve a tocar con su amellada guadaña a ese coloso del pensamiento, a ese orfebre del buril.

Ved la cabeza de su estatua «El Pensador» coronada de azul, esa estatua es él, porque él es el pensamiento humanizado.

Rodin ha sido el escultor más formidable que han visto los siglos. Más grande que Fidias,

más que Praxiteles, mucho más que Miguel Angel, Vinci, etc. Ellos copiaban lo que veían con los ojos del cuerpo o con los de la imaginación, formas bellas, bellísimas, agradables a los sentidos; ellos copiaban la desnudez plástica de los cuerpos. Rodin aplicaba la estética de Schelling, quiere decir copiaba las formas bellas al espíritu, veía la belleza con los ojos del espíritu, copiaba la desnudez plástica de las ideas; sus esculturas nos hablan muy hondamente al alma. Por eso es grande y original en sus atrevidas concepciones, por eso es único, por eso ha muerto para vivir eternamente.

Rodin, como el filósofo alemán, encontraba en cada dolor, en cada placer, en cada maldad, en la naturaleza, en todo lo creado, algo bello que habla a los sentimientos, algo bello que transportado por él al mármol nos conduce necesariamente al éxtasis.

Por eso Rodin no ha muerto.

DEMETRIO A. PORRAS.

Panamá, Noviembre de 1914.

(1) Composición rápida en clase de Castellano.

LA NAVIDAD

—18—

Recuerdos gratos de la infancia vienen a mi memoria al acercarse la Navidad. Cuando yo era niño, ¡qué lleno de entusiasmo se encontraba mi corazón cuando llegaba la Noche Buena! ¡con qué afán me ponía a fabricar los pitos clásicos de mi pueblo, los pitos que todos los muchachos de mi tierra hacen para imitar el llanto del niño y con cuyos ruidos celebran, con todo el candor de las almas inocentes y con todo el entusiasmo de los creyentes verdaderos en el Divino Galileo, la fiesta del nacimiento del Niño Dios! Todo en mi pueblo era alegría y yo sin comprender bien la importancia que ese día ha tenido en los destinos del mundo, tomaba parte en la celebración de la fiesta, lleno de entusiasmo porque había nacido, según lo que en mi hogar me habían dicho, el hijo de Dios.

Hoy comprendo mejor la importancia de la fecha 25 de Diciembre.

El mundo antes de este día que se celebra en todos los continentes, se encontraba envuelto en la oscuridad y la barbarie. Había civilización en Grecia y Roma; sin embargo, las armas lo decidían todo y Roma por la superioridad de sus armas oprimía los otros pueblos, de modo que la ley del fuerte sobre el débil se sentía en los caídos con

todo el rigor de la injusticia. En donde había civilización, pues, había mezclado con ella mucho de salvajez. Pero un día allá en el misterioso Oriente, en la ciudad de Belén, un niño de padres humildes nació en un pesebre para luego ser un filósofo o un Dios; nació el predicador de la doctrina del Dios único, de la doctrina del perdón, de la fraternidad, del amor, del bien; el hijo humilde de María y José, el gran instructor de la humanidad, el sembrador sagrado de la semilla del bien, el difundidor sublime de la luz de la razón y la justicia, el divino Redentor del mundo, el que a los 33 años, enclavado en una cruz, lanzaba en el Calvario el último suspiro que como soplo mágico vivificó el fuego sagrado de la fe en los que lo habían seguido y abrió las puertas de los corazones de los romanos quienes, admirados tal vez por la serenidad y el valor sobrehumanos de los hijos de Cristo que sacrificaban, abrazaron el Cristianismo dejando así de ser animales para convertirse en hombres.

Inmediatamente el hombre fue tratado con menos rigor, con más humanidad; los cristianos comenzaron a adelantar y, luchando por la vida, empezaron a inventar y descubrir; y después de veinte siglos el cristianismo ha aprendido la manera de andar debajo

de las aguas como los peces y de remontarse a las regiones del empíreo como el águila o el cóndor.

Desgraciadamente los mismos cristianos aprovechan hoy las grandes creaciones de sus inteligencias como medios de exterminio. Yo contemplo con lástima y dolor la gran hecatombe de la Europa y dudando a veces, exclamo con el poeta:

«¡Sálvanos Cristo, sálvanos si es cierto
Que tu poder no ha muerto!».

Pero no, yo creo que su poder no ha muerto y tengo la esperanza en que esta guerra no dure mucho para decir entonces:

La Navidad es entre las fechas gloriosas la de más gloria, es como una antorcha de luz divina que, prendida en Galilea, sacó el mundo de las tinieblas y después de veinte siglos sigue iluminándolo con sus vívidos destellos.

Diciembre de 1917.

S. GONZÁLEZ R.

NOCHE-BUENA

He aquí la fiesta universal por excelencia, celebrada con igual entusiasmo en el cosmopolita Londres, en el bullicioso París, en el regio Buenos Aires o en las pequeñas aldeas donde la civilización es apenas rudimentaria, y lo cierto es, que siempre trae alegría sana a los hogares en que se erige un culto a nuestras bellas tradiciones.

Quién no recuerda la historia sencilla y dulce del Niño-Dios narrada por nuestros padres al calor de la lumbre?

Quién no sabe que en un humilde portal del Belén legendario, nació el Dios de los dioses para bien y regocijo de la especie humana?

Esta es la noche de los ensueños dorados para los niños ricos y pobres, que esperan que Santo Claus, el heraldo del Niño-Dios,

ha de llegar a la media noche a sus lechos, con pasos cautelosos, para regalarles las bullangueras panderetas, los sonoros timbales y los relucientes pitos que han de turbar, con el retorno del nuevo día, la paz santa de sus casas. Hoy nosotros aquí reunidos al contacto de nuestros profesores, recordamos los días tranquilos de la infancia «que nunca volverán».

Noche de Navidad, noche de villancicos y cantares, sé siempre grata a los que sufren, a los que piensan en cosas tristes, a los que esperan con ansias infinitas una aurora de felicidad y de luz para la humanidad doliente.

He dicho.

FERNANDO ROBLES.

25 de Diciembre 1917.

El alma del romanticismo

El romanticismo vive dondequiera que haya amor, belleza, inspiración y arte.

Pálida y bella la luna en el cielo aparecía; un amante extático y embelesado la contemplaba desde su lecho, azul; tibios y luminosos rayos de un sol naciente iluminaban un bello girón de tierra. Era una mañana de Abril en que el poeta encontraba extenso campo donde dar expansión a su creadora fantasía.

En momentos preciosos como el ya descrito, nos encontrábamos a orillas del río La Villa que como serpiente de plata se arrastra apaciblemente sobre su lecho al compás del caudal esmeraldino de sus aguas.

A la derecha un bohío bajo frondosos árboles nos hacía evocar parte del pasado patrio; al otro lado multitud de pajarillos se desperezaban y unidos sus trinos suaves formaron uno como himno que en señal de gracia llegaba al Creador.

.....

Pronto aquellas horas pasaron como pasan las horas dulces de la juventud; como pasan las hojas secas arrastradas por el viento; como pasan ¡ay! el candor y la inocencia

.....

La noche se acercaba y desde el lejano ocaso, cual mensajero del día el sol lucía lucía.....

Y del río en un remanso súbitos ¡adiós! grabó aquel día de tantos goces y encantos.....

Después cobijadas por la sombra de la Maga compañera de los tristes, veíamos surgir dos almas soñadoras: las de Murillo y Velázquez; que a la contemplación de paisajes bellos como el por nosotros contemplado, recibieron de sus musas la sublime inspiración.

Pasó la tarde y la Diosa de los ciclos rompiendo el velo que antes la ocultaba aparecía más bella y juguetona que nunca.

Bajo los rayos luminosos de esa Isis y tendidos sobre la hierba reseca por el sol, dos manebos de tez oscura rememoraban amorosas cuitas. No eran literatos, ni artistas, ni cosa parecida, sino simples labradores oriundos de este lugar, que a su manera hablaban tristemente de sus amores pasados y de los dulces ensueños que acerca del porvenir se forjan las almas, pero luego..... muy luego..... llegó la hora en que debían separarse.

La joven inclinóse reverente ante el amado y de sus labios de rosas, cual perfumes de nardos ¡adiós! dijo al amante que, sombrero en mano, cabizbajo y triste, miraba esconderse lentamente

te la bella silueta de su amada.

Y para apartar de su imaginación el recuerdo de su joven alejada, interrumpió el silencio que lo rodeaba con su canto favorito: el salomar.

Así se despidieron aquellas dos almas, llenas de romanticismo.

Este idilio triste del romanticismo es causa de las más bellas producciones que engalanan todas las literaturas y por eso ha preocupado y preocupa en todas las épocas a grandes pensadores.

Evoquemos por un momento no más las almas románticas de Goethe, Schiller, Kleist, Musset, Lamartine, Hugo y Espronceda y como ellos no tardaremos en sentir el vaho misterioso, ese no sé qué, que nos torna silenciosos a veces, pero siempre tristes, por que en verdad algunas veces las bellezas de las cosas se encuentran en su tristeza misma.

Goethe y Schiller, fueron secundados por otros robustos cerebros, entre los cuales podemos citar a Kleist, reconocido como el romántico más grande que ha tenido Alemania.

Francia ha tenido románticos que como Lamartine, supieron

imprimir el sello de su juventud, para confirmar la naturaleza de su alma.

Tasso y Ossian nos han legado un número considerable de preciosas leyendas en el que es el alma de Lamartine el móvil de la acción.

Lamartine admiraba de una manera sorprendente las cosas melancólicas, como nos lo dicen sus «Meditaciones políticas».

Y guiados como por un mismo camino llegaron a encontrarse frente a frente, Hugo, Musset y Lamartine. Los tres contribuyeron al despertar y al florecer de las letras en Francia. Por el año 1810 se levantó la figura de Espronceda la más alta personalidad del romanticismo en el pueblo español.

Parece que el célebre Descartes hubiera tenido en la mente el recuerdo de Goethe, Musset, Hugo, Lamartine y Espronceda cuando dijo:

«Para los seres de mayor conciencia, la vida existe envuelta a veces en brumosos ensueños y otras entre rayos de un sol resplandeciente».

MANUEL CELERÍN C.

ARREPENTIMIENTO TARDIO

La historieta que voy a relatar se desarrolló en un pintoresco pueblo del interior de nuestra República, en la época veraniega. Era un estudiante que gozaba al lado de sus padres de las vaca-

ciones que vuelan justamente en el verano.

Era la hora del crepúsculo, en sus últimos resplandores, y ya la noche descorría sus cortinas de sombra sobre la Creación; pero

dichosamente, una luna que se adivinaba argentina, a causa de la pureza de sus irradiaciones, rompía, poco a poco, aquellas cortinas sombrías que llevaban la tristeza al corazón.

El padre de aquel estudiante le había dado algunos reales para que fuera esa noche a una función, 3.^a de una serie que una pobre Compañía daba por aquellos pintorescos lugares; pero antes de encaminarse el estudiante al cinematógrafo, dirigió sus pasos a las afueras de la población. La luna invitaba al paseo y a las divagaciones por aquella llanura silenciosa, cuyo silencio no era turbado sino por el murmurar de fuentes cercanas y por el silbido del viento. Allí se dirigía el estudiante; retirarse era imposible; algo inexplicable lo empujaba con fuerza arrolladora. Algo misterioso tal vez; y seguía, seguía pensativo.

No bien hubo dejado atrás las últimas casas del poblado, distinguió un bulto recostado a la puerta de una huerta, bajo un techo de zinc. Acercóse sin temor. Era un hombre harapiento, de aspecto miserable. Temblaba. ¿Tenía frío? ¿era fiebre? ¿debilidad o hambre?....

Experimentó una impresión, profundamente compasiva, por aquel desgraciado. Quiso hablarle, mas no le dió tiempo. Con voz vacilante y muy temblorosa le dijo: «Tengo hambre, mucha hambre; aunque es usted un niño, quizá pueda darme una limosna, ¡por caridad! ¡Me estoy muriendo de hambre!» Metíase ya la mano en el bolsillo para vaciar en las del infeliz cuanto su padre le había dado; pero pensó

que seguramente era mejor conducirlo a su casa para darle comida. Proponérselo y aceptarlo, todo fué uno. ¡Oh! pero el infeliz no podía tenerse en pie. El estudiante ofrecióle el brazo y lo llevó a su casa, en donde, con afabilidad sirviéronle de comer. Calmada el hambre, el pobre desgraciado volvió a la vida e impulsado por la gratitud dobló en tierra las rodillas, levantó los ojos al cielo e imploró bendiciones y mercedes para las almas caritativas que lo habían socorrido.

Quiso referir luego la historia de su vida. La familia agrupóse en torno suyo y escuchó:

—«Nací rico—dijo el mendigo,— rodeado de toda clase de comodidades. Alcancé la mayor edad sin dificultades de ningún género. Murieron mis padres y su muerte originó mis primeras lágrimas. Sufrí indeciblemente. Pero mi posición quedaba asegurada, así lo creía, con la inmensa fortuna que heredaba; mas con ella quedaban también profundamente arraigados en mí, sentimientos de placer, hábitos malos. En vida de mis padres mis deseos y caprichos todos eran satisfechos, casi adivinados. Así se deslizaba mi existencia feliz, sin contradicciones, sin afanes, sin penas ni preocupaciones y creyéndome siempre bajo un cielo azul, alto y sereno. Me parecía ver ante mí descorrerse un amplio horizonte.

Pasados los primeros transportes de dolor que me ocasionara la muerte de aquellos seres amados, seguí viviendo la misma vida. Mi fortuna era un talismán poderoso; los salones de la más espumosa sociedad tenía

abiertos y un lucido cortejo de amigos me rodeaba en todas partes. Pero a veces, en momentos de tregua obligada por el cansancio y el fastidio que en ocasiones me invadía, pensaba en la soledad y en el silencio, que mis relaciones obedecían a mis riquezas y a cierto respeto y consideración a que se habían hecho acreedores mis padres, sentimientos que se reflejaban sobre mí; porque sí, por otro lado, era hermoso y elegante, mi inteligencia no tenía cultivo y era ignorante; de modo que resultaba triste, muy triste, el papel que jugaba en medio de una sociedad espiritual, cuando, en noches de tertulias, se expandían los espíritus en íntima fruición, perdiéndose deliciosamente en recreaciones intelectuales.

Como yo no podía tomar cartas en aquellos juegos de la inteligencia, veíame forzado a retirarme apurando amarguras que iba después a ahogar en brazos del placer y del vicio.

Mis vicios se multiplicaban; mi fortuna mermaba y mis amigos comenzaban a alejarse. Un momento de reflexión me colocó ante la oscura boca de un abismo insondable que se abría a mis pies. Tuve miedo, estaba solo, quise salvarme y huí. ¿A dónde?.... Pensé en la mujer que por naturaleza es buena, cariñosa, tierna y abnegada. Quizá su ejemplo me regeneraría. Contraje matrimonio. Era ya muy tarde. El mal había echado hondas raíces en todo mi sér. Aquello era mi segunda naturaleza. Me

dí por entero al juego, a la bebida y a la disipación. Hice las noches días. Perdía la salud, mi fortuna se acababa, mis amigos me huían y mi mujer, una santa mujer, murió de dolor. Perdílo todo: padres, riquezas, amigos, salud, hogar..... Entonces, sólo entonces, tuve fuerzas para cortar el mal.

Sentíme arrepentido y dispuesto a cambiar de costumbres, pero ya no podía; sin preparación alguna, entorpecido y aniquilado el organismo, el trabajo era imposible, el trabajo en que sólo podía hallar la redención.

Y heme aquí desgraciado, sufriendo el castigo de mis faltas, convertido en miserable vagabundo, sin patria, sin pan y sin abrigo.

Soy español. Poco después de iniciada esta desastrosa guerra mundial, salí de Castilla la Vieja y no sé cómo he llegado hasta aquí para.....» —Para pasar con nosotros el resto de sus días,—le interrumpió conmovidamente el estudiante a quien sus padres abrazaron tiernamente, confirmando así el brote de espontaneidad generosa del caritativo hijo.

La luna, aquella luna que se adivinaba argentina, a causa de la pureza de sus irradiaciones, en un cielo de lapislázuli, bañaba con su dulce claridad las cabezas de aquella bondadosa familia y la del haraposo de aspecto miserable.

Y nuestro estudiante no fué al cinematógrafo.

MANUEL VIRGILIO PATIÑO

ASI SON LAS COSAS



*Para Nicomedes Fuentes,
como testimonio de aprecio.*

En uno de los poéticos pueblos de nuestra República, en donde reinan la tranquilidad y el reposo, donde todo parece ser música y verso, nació Federico, joven humilde, de familia pobre y numerosa. Sus padres le pudieron dar, sin embargo, una mediana educación, haciendo grandes esfuerzos y mayores sacrificios.

Como hijo bueno y agradecido que era, se había condolido, desde temprana edad, de los grandes trabajos que pasaban los autores de sus días y había soñado con ver llegada la época en que él pudiera hacer un poco ligera aquella pesada carga, trabajando con juicio e interés para ayudar a su familia.

Fiquillo, nombre que le habían puesto sus compañeros de colegio y con el cual se le conocía comúnmente, cuando tuvo edad suficiente y la mediana educación que sus padres le habían dado, quiso realizar los proyectos con que había soñado y principió a preocuparse cuanto pudo por conseguir ocupación, porque no quería perder ni una sola hora de tiempo. Le parecía que a él le iba a ser cosa fácil encontrar un puesto en el Gobierno, porque veía que otros jóvenes que tenían menos conocimientos que él esta-

ban gozando de buenos sueldos y de grandes simpatías.

Pasó algún tiempo haciendo lo que a su alcance estuvo para conseguir un empleo, pero cuantos esfuerzos hizo fueron inútiles. Aburrido ya, se tiraba de los cabellos en tono de desesperación y no hallaba cómo explicarse aquello de que algunos que eran ignorantes estuviesen tan bien empleados; lo atribuía todo a mala suerte suya y de su familia.

Pero Fiquillo era demasiado joven; él no había comprendido que todas las dificultades que se le presentaban se debían sólo a que era hijo de familia pobre y humilde, mientras que aquéllos, aunque ignorantes, eran de familia distinguida, causa sola por la cual se les prefería.

Aunque había leído bastante, le faltaba la experiencia que se adquiere en el torbellino de la vida, y no sabía que vivía en medio de una *oligarquía hipócritamente disimulada*.

Pensó varias veces, cuando estuvo convencido de que en su suelo natal no encontraba ningún abrigo, en buscar otro país en dónde hacer fortuna; pero le atormentaba el pensamiento de tener que abandonar a su adorada familia, porque era tanto el amor que le tenía, que pensaba que cometía un crimen al sepa-

rarse de ella y dejarla en un estado de pobreza tan deplorable; por otra parte, compadecido cada vez más por el duro trabajar de su padre para sostener una familia tan numerosa, le parecía que no cumplía con su deber si no buscaba la manera de ayudarlo.

Al fin, Fiquillo se resolvió a separarse de los suyos y un día, después de muchas lágrimas derramadas, tanto por su familia como por él, ocasionadas por el dolor que causa la separación de seres que se aman, dejando a sus parientes sumidos en la más profunda tristeza, se embarcó para uno de los países de Sur América.

Después de varios días de navegación llegó Fiquillo al lugar a que se había dirigido. A pesar de que había ido sin dinero y de encontrarse en tierra extraña, su congoja no fué muy grande, porque abrigaba la esperanza de que allí *sabrían apreciar* los pocos conocimientos que tenía y por lo primero que se preocupó fué por hacerse de amistades.

Pocos días después de su llegada supo que había un empleo vacante que él podía desempeñar; se presentó como aspirante y fué favorecido. Aunque el sueldo que le pagaban no era fabuloso, Fiquillo estuvo muy contento con él y de la alegría que sentía por esto, hizo partícipes a sus padres en una carta que les escribió toda llena de amor y ternura, y en la cual les contaba, además, cuanto había pasado desde el momento en que salió de su casa.

El joven había ido; sin sospecharlo, a un país en donde, para los puestos públicos, se prefería

a los que son competentes para desempeñarlos; donde la descendencia y la fortuna de cada individuo no se toman en cuenta; donde son magnates sólo los que saben; en una palabra, *donde existe el patriotismo y se hace mérito del saber.*

Por la buena conducta de Fiquillo y por la brillantez con que desempeñaba el puesto que se le había confiado, fué promovido a otro empleo de más categoría, en el que pudo ganar un sueldo considerable.

Primeramente, cuando recibía dinero le enviaba a su familia una parte y se quedaba con lo que necesitaba para cubrir escasamente sus gastos, pero ahora el sueldo que recibía le permitía hacer economías.

Así pasó algunos años; pero un día, una nueva disposición legal vino a turbar su tranquilidad. Se dispuso que para desempeñar el puesto que Fiquillo tenía, era necesario ser hijo del lugar o por lo menos naturalizado. Fiquillo fué notificado por esto, y aunque algunos amigos le propusieron la naturalización a que tenía derecho, en su alma ardía con grande llama el fuego del amor por la patria; le parecía que las puertas de su terruño se le cerraban para no abrirse jamás y que con sólo la propuesta hecha le habían ofendido el honor, su familia y su patria. Le venía el recuerdo inefable de su tranquilo pueblo; parecía tener delante aquellas calles silenciosas del pueblo que vió su cuna; oír el suave murmullo de un riachuelo que cerea del pueblo corría y a cuyas orillas se levantaban frondosos árboles de follaje espeso,

donde pajarillos de variados matices entonaban dulces trinos al despuntar el alba; veía como en sueños aquellas frescas mañanas de verano en que, siendo niño aún, a la luz de la aurora y respirando la fresca brisa embalsamada por flores del huerto, se recreaba dando de comer a las gallinas, palomas y demás aves de corral.

Fiquillo, por el recuerdo de todo esto, sintió más valor que nunca y aunque pensaba en la pobreza de sus queridos padres, renunció el puesto que tenía, ante la imposibilidad de poder continuar en él; prefería perder todo empleo antes que renunciar el pabellón tricolor de la hermosa tierra que lo vio nacer, para ponerse al abrigo de una bandera extraña.

Como ya tenía un pequeño capital, gracias a sus economías, resolvió irse al lado de sus pa-

dres a compartir con ellos las alegrías y los pesares; así lo hizo. El día que llegó a su casa hubo lágrimas de alegría; a todos les parecía ser aquel el día más feliz que habían tenido en toda su vida.

El anciano padre de Fiquillo, agobiado por el peso de los años, no tenía ya fuerzas suficientes para trabajar.

Fiquillo, dolorosamente convencido del pésimo régimen de su país, comprendiendo ya que no iba a conseguir empleo, porque la naturaleza no lo había hecho hijo de magnates, empleó el dinero que había economizado, en una finca y se dedicó a la agricultura, con la cual pudo vivir holgadamente con su familia, a pesar de que su pobre padre no trabajaba ya.

Panamá, Diciembre 12 de 1917.

HUMBERTO ECHEVERRIS V.

LA MADRECITA



(Traducido del Francés)

Dos niños se encontraban solos en un cuarto oscuro. Aguardaban a su padre; pero la hora acostumbrada de su regreso había pasado. Los pobrecillos se habían acurrucado, el uno contra el otro, cerca de la ventana, que los últimos destellos del cre-

púsculo iluminaban aún débilmente.

El de menos edad, un muchacho de cinco años, apoyaba la cabeza, rizada completamente, sobre las rodillas de su hermana, que había pasado un brazo al rededor de él. Esta era pequeña

y delgada; su rostro fino y pálido, estaba medio iluminado, mientras que el del muchachito se encontraba en la sombra; habría sido difícil distinguir la expresión de sus ojos bajos, pero su actitud tenía algo de protector y de maternal.

—Tú tienes, pues, sueño, mi Carlitos, dijo ella al niño, cuyos párpados se cerraban y cuya cabeza se hacía pesada sobre sus rodillas.

El hizo un movimiento; después oyóse una voz quejumbrosa.

—Yo tengo hambre!.....

—Pobre querido; no obstante, tú has comido al medio día.

—Sí, pero quiero comer más. No puedo dormir sin haber cenado. Madrecita dame que comer!.....

—Mi pobre Carlitos, no tengo nada..... Te he dado al medio día el último pedazo de pan. Papá trae hoy su quincena, sabes?.....

—Por qué no ha venido aún? preguntó en tono enojado.

—No sé. El nunca regresa tan tarde. Vendrá, tenlo por seguro.

Los niños se callaron y Carlitos cerró los ojos, un instante solamente.

Un ruido de pasos resonó en la escalera y el niño levantó la cabeza, en tanto que su hermana decía:

—Hé ahí a papá.

Pero los pasos se detuvieron en el piso bajo.

—Es necesario que te acuestes, Carlitos, dijo la niña.

—Pero yo no puedo dormir sin haber comido.

—Yo no tengo nada mi pobre

querido..... Ensayá, tu verás..... Una vez dormido, ya no sentirás hambre.

—Y mañana?..... preguntó el previsor Carlitos.

—Mañana, papá habrá regresado, comprendes?.....

La certeza expresada por esas palabras, calmó al niño, el cual se dejó desnudar y colocarse en la cama a oscuras, pues no había en la miserable vivienda luz, del mismo modo que no había pan.

Cuando Carlitos se hubo acostado en la cama que él solía ocupar con su padre, su hermana se sentó cerca de la ventana y se puso a escuchar si oía pasos en la calle. Éstos no eran raros; pero se alejaban siempre sin detenerse. Comenzaba ya a inquietarse. Hacía cuatro años que su madre había muerto y el padre no había dejado de volver una sola vez de su trabajo cotidiano. Los ojos de la pobre niña se cerraban contra su voluntad; dormía un instante, pero el más leve ruido la hacía estremecer.

En fin, la niñita dejó resbalar-se su silla sobre la baldosa y, apoyando la cabeza sobre el brazo se durmió profundamente. Cuando despertó, ya era de día. Sus miembros estaban tan adormecidos que fue necesario largo rato para que recobrará el movimiento.

Entonces barrió y sacudió el polvo con cuidado, como tenía por costumbre hacerlo todas las mañanas; después abrió una vieja canasta que le servía de despensa y le fue difícil contener un grito de alegría cuando descubrió en el fondo de ella una cor-

teza de pan que había sido olvidada y que colocó sobre la mesa con un aire de regocijo. En el mismo momento Carlitos se movió, se volteó y se sentó; después de haberse frotado los ojos dijo una vez más:

—Madrecita, tengo hambre!..

Y echó una mirada benévola a la seca corteza que se le ofrecía, la devoró rápidamente y alargó la mano para pedir más.

Entonces su hermanita, queriendo distraerlo le dijo que se vistiera con presteza para ir en busca del padre.

Alegre por la perspectiva de un paseo, el pequeñuelo saltó de la cama, pero fue necesario contener su impaciencia hasta tanto que su cara y sus manos fueron lavadas y sus rizos rebeldes cepillados cuidadosamente.

La madrecita, en cuanto al tocado; era inflexible. Carlitos lo sabía bien y no resistía sino lo bastante para alargar un poco las cosas.

En fin, los niños salieron del cuarto dejándolo limpio y en orden como si un hada hubiese pasado, la niña tomó la llave para entregársela a la portera.

—He aquí nuestra llave, señora, dijo ella con voz dulce. Si papá regresa Ud. tendrá la bondad de dársela.

—No ha venido, pues, anoche? preguntó la portera, ocupada en limpiar un poco toscamente a un rapazuelo que, un instante antes, gritaba hasta ensordecer a los inquilinos de la casa, pero que se había detenido, la boca desmesuradamente abierta, para mirar a los dos niños.

—No es probable que él regrese tan pronto, añadió ella tirando la llave sobre la mesa. Vayan, apártense de mi camino!...

Oyóse salir entonces un silbido prolongado de la parte trasera de la casilla. Era un rinconcito que daba al patio, y en donde el portero ejercía su oficio de zapatero mientras que su mujer hacía los oficios domésticos.

—A quién insultas así? preguntó el zapatero que no podía ver en la casilla.

—A los hijos del inquilino del cuarto piso que no ha regresado. No es, pues, una vergüenza abandonar a dos criaturas así?....

La señora Perlet —era el nombre de la portera— estaba acostumbrada a la miseria y a las durezas de la vida, había tantas a su alrededor; pero tenía un corazón compasivo para los niños y para los animales y no permitía que los descuidasen.

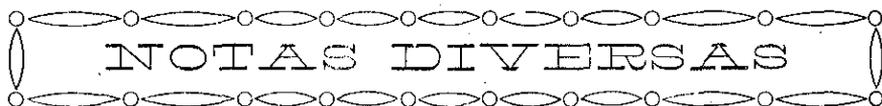
Olvidó, por tanto, muy pronto su indignación: es necesario apresurar el desayuno de los niños y despedirlos para la escuela a fin de poder barrer las escaleras. Tenía el corazón sensible; pero por la mañana le faltaba tiempo para dar libre curso a sus buenos sentimientos.

La Madrecita y Carlitos no eran atrevidos y se alejaron asidos de la mano

(Continuará).

MIGUEL CEDEÑO.

Diciembre 23 de 1917.



NOTAS DIVERSAS

Nuestro Rector el Dr. Edwin G. Dexter, secundado por los hábiles profesores señores Gabriel Barrios, James Zetecck y J. D. Crespo, organizó una hermosa fiestecita para celebrar la Noche Buena.

Hicieron uso de la palabra de manera elocuente el maestro del VI° de la Escuela Anexa, el señor Justo Carrasquilla y el joven Fernando Robles.

En el próximo número de nuestra Revista tendremos el placer de publicar un trabajo de nuestro viejo amigo Agustín Batista T., quien es un estusiasta cultivador de las Letras.

Ante selecto auditorio leyó en días pasados nuestro profesor de Pedagogía Sr. J. D. Crespo su importante conferencia intitulada: «El utilitarismo en la enseñanza».

RECOMENDAMOS al Magisterio Nacional el «Auxiliar del Maestro», libro de utilidad práctica para las escuelas primarias, que ha visto la luz pública hace poco tiempo.

El día 28 de los corrientes murió en Penonomé el señor Simón Quirós. Los que conocimos a dicho señor confesamos que la sociedad penonomeña pierde con su muerte uno de sus miembros más trabajadores, honrados y cultos.

La Revista PRELUDIOS se adhiera al justo dolor que acongoja el corazón de la familia Quirós.

Descamos a nuestros lectores un año de completa dicha y de felicidad.